

Samuel A. Lillo

Mi casa



me dijo el Señor:
«Casa te doy para que en ella vivas;
cuídala y no la dejes,
que yo te llamaré cuando ya tenga
tu nueva casa lista,
formada con los mismos materiales
que tú me hayas enviado de la vida».

Dulce y acogedora
fué mi morada en los primeros días:
brisas de juventud la embellecieron,
luego vino el amor con su cortejo
de penas y alegrías.

Breve fué la estación de primavera:
cayeron las plumillas
de las primeras nieves en su techo,
las húmedas neblinas
y la lluvia empañaron los cristales
por donde entraba el resplandor del día.

Al empuje del tiempo incontenible
mi casa hoy está en ruinas:
soplan sobre ella, permanentemente,
los vientos invernales, y se inclinan
sus espaldas cansadas con el fardo
creciente de las nieves
que caen implacables de lo alto,
mientras que sus murallas carcomidas
crujen y se estremecen a mis pasos.

Llámame, pues, Señor,
aun cuando no esté lista
la morada que, desde tantos años,
me tienes prometida.

Yo he cumplido también mi compromiso
enviando para tu obra, día a día,
mis pensamientos, actos y deseos,
ensueños, goces y melancolías.

Ya no tengo, Señor, ni qué mandarte
y mi alma fatigada de esta vida,
ya no lucha, ni sueña,
ni a nada terrenal tampoco aspira;
sólo espera la voz de tu llamado
en el umbral de su morada en ruinas.